

Mi amigo Ignacio, el bilbaíno, se ha ido para siempre de España. Me dice en sus cartas que, cuando le escriba, no le cuente nada de la vida española. No quiere saber más de España y menos de Bilbao.

Mi amigo Ignacio estudió en una Universidad española la carrera de Filosofía. Mi amigo Ignacio fue un entusiasta revolucionario —más teórico que real, como tantos otros— de los últimos años del franquismo y primeros momentos de la transición democrática española. Muy pronto se «desencantó» al ver, según él, que caminábamos hacia un capitalismo especulador y salvaje manejado por los ladrones que rigen el Poder en cualquier nación y que «parte de los regidores del Poder en España ni siquiera tienen el pudor de encubrir su corrupción, sino que la airean construyéndose residencias palaciegas y toda clase de ostentaciones, antes de dejar el cargo oficial que ocupan. Así es que el pueblo les preocupa bien poco». Por eso él, hijo de obreros y recién casado con Patricia, a quien conoció en la Universidad estudiando también Filosofía, abandonó todo de la noche a la mañana y se fue a buscarse la vida a Estados Unidos.

Las cartas de Ignacio las conservo como oro en paño. En una de ellas me dice que «como Patricia es hija de padres ricos, industriales bilbaínos, no sabe lo que es ganarse una peseta, y que como él no encontraba trabajo al salir de la inculta e inexistente Universidad española, Patricia quería comprarle, con el dinero de "papá", las camisas y los calzoncillos blancos, cosa que él no podía resistir», y continúa: «en España todo sigue peor», «hay infinidad de médicos en paro, así es que figúrate para qué sirve un profesor de Filosofía hoy, pero aquí, en los Estados Unidos, voy a servir. Lo has de ver».

Me he enterado por otros amigos que Ignacio lo ha pasado muy mal en los Estados Unidos. Se ha visto tirado por las calles de Harlem y socorrido por negros de aquel barrio. Ignacio ha intentado toda clase de trabajos mientras le llegaban las esperadas cartas de respuesta a la petición que, como profesor, había enviado a diversas Universidades norteamericanas. Ha trabajado de cargador de muelles en Manhattan. Ha sido hasta chulo de putas en Nueva York y ha visto los amaneceres a las orillas del mar sin saber bien si tirarse al agua y desaparecer para siempre. Ha intentado regresar y hacerse terrorista para destruir todo lo destructible. Pero no ha sido así. Ignacio ha encontrado, al fin, un empleo en una Universidad, creo que en Reno, muy cerca, más o menos, de Las Vegas y vive hoy en una casa espléndida, junto a un lago, donde me cuenta en sus cartas que, de noche, es una delicia ver las iluminaciones lejanas que se ven desde las cristalerías de su cuarto de estudio, donde tiene una hermosa biblioteca y, allí, con tranquilidad, está leyendo libros de Filosofía, preocupado por poder explicarse sus inquietudes revolucionarias. Lo cierto es que sus clases son profundamente atractivas y están contagiando a muchísimos estudiantes.

Las fuerzas vivas de la Universidad no ven con buenos ojos al profesor de Filosofía. Piensan que la actitud de Ignacio es un anacronismo propio de la España que éste ha visto y vivido, sin caer en la cuenta que en nuestro país estamos a la cabeza del pragmatismo materialista que define la actualidad

LA DEUDA

Por José MARTÍN RECUERDA

mundial y, más aún, que somos la sede oficial donde la Humanidad, en el 92, proclamará sus aspiraciones de futuro... Es que estos americanos no se enteran, en fin, como Ignacio me comenta en sus cartas: «ya se sabe que la ignorancia es la madre de los imperios...» Algunos profesores americanos, aludiendo a la inquietud de Ignacio, han recurrido a la cita tópica de aquellos versos de Machado que dicen: «Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios...». Alguien piensa que algún día Ignacio será expulsado de la Universidad.

Pero no son las cosas tan fáciles como se ven a primera vista: el bilbaíno Ignacio, además de tener una casa lujosísima, tiene un yate de millonario que ha comprado no sabemos cómo, ya que el sueldo de profesor universitario no le permite estos lujos. Me da mucho que pensar que en una de las cartas me diga que «en Estados Unidos, a quien más debe, más le fían».

¿Qué ha ocurrido en la vida de este español, al parecer, rebelde, que desprecia la España democrática en que vivimos y afirma que «cada día esta España se hunde más y más»? El empecinamiento en su desprecio a nuestro país me da cierto tufillo a español amargado; a español que no ha podido medrar y está viendo a tantos compañeros de viaje arrimados al pesebre. ¿Habrá tenido Ignacio que emigrar a Estados Unidos para encontrar lo que otros muchos ya encontraron aquí: la solución perfecta al dilema existente entre teoría revolucionaria y realidad vital? ¿Serán sus clases en la Universidad una especie de catarsis liberadora del espíritu idealista, mientras el cuerpo se disipa complaciente en la «modernidad» que nos ha tocado vivir...?

Lo cierto es que Ignacio pasea en su yate por el lago, a veces, según me dicen, con una furia tal que parece como si quisiera herir al agua del lago. También me dicen que, tal vez, vaya de noche a Las Vegas y haya tenido suerte jugando al dinero en los casinos de aquella ciudad.

Parece que el cambio en la vida de Ignacio ha llegado hasta Patricia, y ésta, que ya tiene un hijo de unos siete años, se ha puesto en camino y ha cogido el avión para ver en realidad la vida del hombre que ha querido y sigue queriendo y desea darle una de las más gratas sorpresas que una mujer española pueda dar al hombre que quiere. Patricia sabe muy bien algo terrible: que Ignacio se ha endeudado. Ha caído, a pesar de sus avanzadas ideas, en la trampa de la deuda que la sociedad norteamericana tiende a casi todas las personas que viven en aquel país. Y, en efecto, así es: Ignacio, el pobre españolito bilbaíno, se ha endeudado con la esperanza de pagar lo que sabe que nunca podrá pagar. ¡Madre mía, de universitario español sin trabajo a millonario endeudado, con un relumbrante yate en la puerta de su casa!

Para llegar a eso, mejor habría sido que Ignacio hubiera sabido luchar con la podredum-

bre de la actual vida española, donde lo primero que hay que aprender es a saber sonreír y halagar a todos con un carné de

partido político entre los dientes.

Pero yo creo que lo más importante para Ignacio ha sido la llegada de Patricia. Patricia, con todo su amor, como hemos dicho, ha ido en busca de Ignacio para darle una de las grandes lecciones que, quizá, las mujeres españolas saben dar al hombre que quieren.

Patricia ha vendido todo lo que tenía en España y ha llegado para ofrecerle a Ignacio el dinero conseguido, con objeto de que Ignacio pague la deuda y con la esperanza de ser profesora en cualquier colegio y seguir educando y tirando de su hijo. No le importa que Ignacio acepte el dinero o no. Lo único que le interesa es que Ignacio vea que ella es tan pobre como él fue y, si no acepta el dinero, es capaz de donarlo a personas necesitadas.

Ignacio no me ha vuelto a escribir. Ni a mí, ni a sus amigos. Tampoco sabemos lo que será de Patricia y de su hijo. Pienso

mucho en Ignacio y en Patricia. No sé si Ignacio habrá consentido pagar su deuda con el dinero de Patricia. Ignacio me tiene tan preocupado con sus cambios propios de persona depresiva, que yo no sé ni lo que hacer. Pienso y pienso en Ignacio y en la sociedad española que estamos viviendo. Así, con estos pensamientos, con esta incertidumbre, con este deseo de analizar la situación de España y la destrucción de tantas personas sin trabajo y llenas de juventud, me he ido a pasear a la Marina del Este, pequeño puerto deportivo de la costa granadina. El puerto está casi repleto de yates, en su mayoría extranjeros. Los chalés y establecimientos que rodean al puerto han sido comprados también por extranjeros, claro está; pero la mayoría de los españoles no podemos comprar ni un piso no ya en Madrid, sino en cualquier pueblecillo de España. Me quedé mirando aquellos yates. ¿Será alguno de ellos el que tuvo Ignacio?

Seguí mi camino pensando como siempre: ¿qué solución tendrá la sociedad y la vida humana en la España de nuestros días? ¿Hemos de conformarnos con que en otros países la situación sea como la nuestra o aún peor? Ojalá algún día, si esto es posible, veamos algo con claridad.

Recuerdo ahora el convento de San Esteban, de Salamanca, donde Colón estuvo para pedir el apoyo de los grandes magnates de la Iglesia e ir a conquistar esos mundos que soñaba. Mundos conquistados que han tenido y tienen peores soluciones que las actuales españolas. Colón creo que casi lo presentía, mientras paseaba por los pasillos del claustro de los Reyes del hermoso convento salmantino. ¿Y el V Centenario se prepara? Continuaremos hablando de este terrible problema. El recuerdo de Ignacio y el de la mayor parte de una juventud española me lleva a ello. La deuda que tiene nuestro país con su juventud creo que ahora es más grave que nunca. Pobre Ignacio, universitario y soñador, que se ha tenido que ir a una de las naciones más poderosas del mundo para encarcelarse más y más. ¡Cuándo los españoles aprenderemos a vivir!



J. Martín Recuerda
Escritor